

**058. 27º. Domingo Ordinario C - Lucas 17,5-10.**

Un Evangelio muy breve el de hoy, pero de una riqueza grande, y con dos lecciones, ¡que a ver si las aprendemos de una vez para siempre, como son la **fe** ciega y la **humildad** profunda!...

Tanto les hablaba Jesús a los apóstoles sobre la **fe**, que al fin ellos le pidieron:

- *¡Señor, auméntanos la fe!*

Jesús adivina, mejor dicho, sabe muy bien lo que entraña esta petición, y les añade para remachar bien el clavo:

- *Si tuvierais una fe tan grande al menos como esta pequeñísima semilla de mostaza, le diríais a ese árbol: ¡Arráncate de raíz, y quédate plantado en el mar!... Os aseguro que os obedecería.*

Jesús, sin repetir una queja suya anterior, les venía a decir:

- *¡ Hombres de poca fe!...*

Pero Jesús, después de este incidente, salta por su cuenta a darnos otra de sus clásicas lecciones, y que nos cuesta tanto aprender, como es la **humildad**, porque nuestro orgullo nos domina de modo que no hay manera de que doblemos la cerviz.

Así que Jesús les planteó esta cuestión a los apóstoles:

- *Vamos a suponer que uno de vosotros tiene un criado, y le dice: vete a labrar el campo o a apacentar el rebaño. Cuando ha acabado la jornada, y vuelve cansado el criado, ¿quién es el que le dice: siéntate a la mesa y come? ¿Verdad que no lo haces así? Por el contrario, lo que le dices es esto: -¿Ya estás aquí? Muy bien. Prepárame la mesa para comer. Cuando yo haya acabado de comer y beber, podrás sentarte y comer tú también.*

Los apóstoles asentían:

- *Es verdad. Todos los patronos lo hacen así. El criado, que trabaje, pues para eso está.*

Pero no veían adónde iba Jesús, que continuaba preguntando:

- *¿Le debe algo de agradecimiento el dueño al criado porque éste ha cumplido su deber? Le paga el jornal, y basta. Darle las gracias, ni se le ocurre.*

También entienden esto los apóstoles, pues todo el mundo lo hace así. Aunque se preguntan con extrañeza:

- *Pero, ¿adónde irá el Maestro con esta cuestión?*

Hasta que Jesús, concluye:

- *Esto os pasa a vosotros. Cuando hayáis hecho todo lo que se os haya mandado, decid: Somos unos criados inútiles. Sólo hemos hecho lo que teníamos que hacer.*

¡Buena noqueada le da Jesús a nuestro orgullo con estas palabras! ¿Qué somos ante Dios, y de qué derechos podemos presumir ante Él?...

Dos lecciones fundamentales de Jesús en nuestra relación con Dios: **fe**: ¡fiémonos de Dios!; y **humildad**: ¡no somos nada!...

Sólo así tenemos siempre a Dios en nuestra mano y hacemos de Él lo que queremos. Porque nos damos cuenta de que todo lo hace Dios, y que sólo a Dios le damos la gloria.

Con esta actitud de fe y de humildad, ni la cobardía ni la autosuficiencia tienen cabida en nuestras almas.

Este ha sido el secreto de los grandes santos: han realizado obras imponentes e inexplicables sin medios humanos, pero tenían en su mano toda la omnipotencia de

Dios, que se fiaba de ellos porque eran personas de fe y le daban a Él toda la gloria de sus éxitos.

Hoy se nos está haciendo cada vez más familiar la súplica espontánea de los discípulos, y se la repetimos muchas veces a Jesús:

- *¡Señor, auméntanos la fe!*

Y estamos aprendiendo también a repetir cada vez más la palabra de María:

- *Aquí está la sierva del Señor. ¡Que sepa cumplir tu voluntad!...*

O la de Pablo ante la puerta de Damasco:

- *Señor, ¿qué quieres que haga?...*

El someterse humilde al querer de Dios es la prueba de la fe que no engaña nunca...

La fe y la humildad van siempre unidas en el alma verdaderamente cristiana. El que no cree, rechaza a Dios solamente por orgullo o por no querer someterse al cumplimiento de la voluntad divina, manifestada en los Mandamientos. Mientras que el humilde cree y obedece, y así se salva después de haber realizado maravillas de fortaleza, de amor, de servicio, de apostolado, de fidelidad...

*¡Dios mío! Yo creo en ti, a pesar de las dificultades de la vida, y hasta cuando parece que Tú te has escondido.*

*¡Dios mío! Yo me someto con gusto a tu voluntad, aunque a veces me parezca difícil lo que Tú me mandas y quieres de mí.*

*¡Dios mío! Yo sé que nada me debes porque yo cumpla con tus deseos y te dé gusto en todo.*

*Pero también sé, Dios mío, que cuando yo haya acabado la jornada, Tú, bueno y espléndido en tus dones, me vas a decir: -¡Bien, muy bien! Ahora, descansa, que yo, tu Dueño, tu Dios, voy a ser quien te sirva en el banquete de mi Reino...*